

San José, Costa Rica

30 Agosto de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 16



ELISEO RECLUS

Eliseo Reclus

Nota biográfica, según datos de Pedro Kropotkine

Eliseo Reclus nació en Sainte-Foy-la Grande, de la Gironda, el 15 de marzo de 1830. El padre era un recto pastor protestante, sinceramente enamorado de los buenos campesinos. La madre era maestra de escuela, una maestra que á la edad de 70 años se daba al estudio de la física para corregir la insuficiencia de su anterior instrucción. De los 12 hijos de esta familia, pobre y privilegiada, Elías era el mayor y Eliseo el segundo.

Hizo Eliseo Reclus sus primeros estudios universitarios en la facultad protestante de Montauban. Pero no tardó en desprenderse de los prejuicios religiosos y, apartándose de la vía que su padre le trazara, dirigióse con Elías, penosamente, á Berlín, en donde Carlos Ritter reunía entonces la juventud ansiosa de alta cultura geográfica. Los estudios, los numerosos viajes (en Irlanda, Estados Unidos, Colombia, Guayana, Suiza, Bélgica, etc.) el propio genio y el propio corazón, hicieron de Reclus un geógrafo y un filántropo de indecible grandeza. Su labor escrita es simplemente colosal: la *Historia de un Arroyo*, el *Viaje á la Sierra Nevada de Santa María*, LA TIERRA (1867-68), la *Historia de una Montaña*, la GEOGRAFÍA UNIVERSAL (19 grandes volúmenes, 1872-1894), *El Hombre y la Tierra* y un sinnúmero de obras de menor aliento (artículos sueltos, conferencias, etc.). En colaboración con su hermano Onésimo, escribió *El Afri-*

ca Austral y El Imperio del Medio. Pasamos por alto otras colaboraciones. En ese monumental cúmulo de páginas majestuosas, todo es admirable: la hermosura de la expresión, el esfuerzo mirífico del sabio y la elevación de sentimientos del hombre que ama á los hombres y á sus hermanos naturales—el monte, el bosque, el arroyo,—y odia todas las esclavitudes de raza y de clase.

Esos mismos sentimientos explican la participación de Eliseo Reclus en los principales movimientos de emancipación social sucedidos en Europa y fuera de Europa desde 1848 hasta 1905, año en que se rindió su corazón. Y esa participación le acarreó inenarrables males y amarguras,—persecuciones, destierros, encarcelamientos y ultrajes diversos,—que más de una vez envolvieron á todos los miembros de su casa, incluido el anciano padre. En 1871 el eminente geógrafo fué condenado á trabajos forzados; pero la pena fué conmutada gracias á la solícita intervención de los más grandes sabios de Europa, Darwin, Wallace y otros.

En Bruselas fundó Eliseo Reclus el Instituto Geográfico, dirigido después por su sobrino y colaborador de los últimos tiempos, Pablo Reclus. Allí fundó también una universidad libre, donde profesó él mismo durante varios años y donde hizo Elías Reclus su magistral curso sobre el origen de las religiones.—E. J. R.

SOCIOLOGÍA

A través de ocho siglos

Tomó esta cita de *El Hombre y la Tierra*, de Reclus:

«Cuando los palurdos se mataban al choque de dos procesiones que llevaban banderas diferentes, los señores

que contemplaban la escena desde sus torrecillas y sus almenas nada tenían que temer de ese pueblo humillado; podían continuar quitándole su trigo, su vino y su ganado, sus adoles-

centes, sus mujeres y sus hijas; hasta el halcón del noble tenía presa sobre las aves del villano.

»No hay duda que los campesinos sentían profundamente todas esas heridas, porque la reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla. Algunas estrofas cantadas por los trovadores nos dan idea, sin embargo, de cuán claro era para los campesinos del siglo XII el sentimiento de las injusticias sufridas; no se hablaba de otro modo en las vísperas de las Jaquerías y de la Guerra de los Campesinos ó en el período moderno de las huelgas y del socialismo revolucionario.

»Los señores no nos hacen más que daño; de ellos no podemos esperar ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y en dolor... ¿Por qué nos dejamos tratar así? Pongámonos fuera de su poder; somos hombres como ellos... y somos además ciento contra uno... Unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros, y podremos cortar árboles, cazar en los bosques y pescar en los víveros haciendo nuestra voluntad en los bosques, en los prados y en las aguas.»

Bien se ve por ese dato histórico: hace ocho siglos, lo mismo que en el siglo actual existía una enorme desigualdad social, y era tan conocida como puede serlo en el día.

Va por aquel tiempo había revolucionarios que iban por los pueblos y por los castillos señoriales esparciendo la idea emancipadora con la canción popular, del mismo modo que el obrero consiente de nuestros días la esparce por la palabra y por la pluma en el taller, en la fábrica, en el campo, en el mitin, en el periódico, en la revista, y en el libro, siendo para muchos infelices atávicos y misonieistas trabajo perdido.

Entonces, como ahora, se decía «unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros...» Y como no se unieron, se enseñorearon los privilegiados, y ese señorío ha llegado

hasta nosotros, y le prolongan todavía los oprimidos inconscientes y abúlicos, y así se trasmitirá aún á las generaciones venideras por la culpa de los que no acuden á nuestro llamamiento fraternal.

Entonces como ahora, cuando los obreros se apasionan y se matan por las fracciones que les dividen, contémpnanlos con fruición los privilegiados explotadores, «seguros de poder quitarles su trigo, su vino y su ganado, sus adolescentes, sus mujeres y sus hijas».

Continuamos siendo «ciento contra uno», y á pesar de tal desproporción, siendo hombres como lo son los señores, «no recibimos de ellos más que daño; no nos pueden conceder ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y dolor...» Peor aún, puesto que á pesar de hallarnos amparados por una constitución democrática, todavía consigna el Código civil que pertenecen al propietario los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles, y que todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario.

Considera, lector, qué progreso se hubiera realizado en este siglo XX si los trabajadores del siglo XII hubieran atendido las excitaciones de sus trovadores: unificada la humanidad por el descubrimiento de América; universalizada la ciencia por el descubrimiento de la imprenta; destruída la Iglesia por el predominio racional del libre examen; no habiendo tenido lugar las guerras que tanta mortandad y ruinas causaron en todo el mundo; en pleno comunismo, como resultado de la educación y del avance de la sociología; teniendo cada individuo una enciclopedia en su entendimiento como determinante de su voluntad, y en posesión, por rigurosa práctica higiénica, de una salud vigorosa como expresión del tipo perfecto del ser humano; rebosando en todo y por todas partes verdad, justicia y belleza, hasta las regiones polares y los áridos arsenales de la zona tórrida, sometidos al

poder y al querer del hombre, serían fecundos y bellísimos centros de población, donde, lo mismo que en las plácidas regiones de las zonas templadas la ciencia, el arte y la industria se desarrollarían en el seno de la amistad y del amor.

¿Quién puede dudarle? Dúdenlo el estúpido burgués, que se cree vencedor en la lucha por la existencia, ó el proletario aburguesado que sueña con enriquecerse, ó el necio individualista que desprecia á todo el mundo por satisfacer su ridícula vanidad, ó el pobre empobrecido hasta la médula que cree que ha nacido para ochavo; pero no participa de esa duda quien sabe

que la humanidad, partiendo de la ignorancia primitiva se ilustra, se perfecciona y se justifica sucesivamente por ley ineludible del progreso.

Trabajador, lector amigo, despójate de tan tremenda responsabilidad y acógete al sindicalismo con ánimo decidido de impulsarle á que dé de sí cuanto legítimamente hay derecho á esperar de él, y no se diga de tí que no resististe al mal, que presentaste la otra mejilla al que te abofeteó, y que al que te quiso quitar la capa hasta de la camisa le permitiste que te despojara. Sé rebelde, sé hombre, sé dignamente sociable.

ANSELMO LORENZO

Conversemos

A los obreros

Mientras pasan las horas rozando suavemente con sus alas el volcán de mi frente, y trasuda la máquina que á mi lado forcejea y retiembla como un esfuerzo humano incontenible, pienso, hermanos, en los hombres dotados de maravillosa integridad que han pasado por el mundo sembrando fe en la vida y esperanza en el triunfo de sus luchas ardorosas.

Pienso en los batalladores del Ideal —sinceros, valerosos y nobles,—que consagraron su existencia á la consecución del bien común y no cesaron nunca ante el halago de la fortuna ni ante el látigo de las persecuciones.

Pienso en Reclus, el hombre eminentísimo, cuyo recuerdo es para mí un baluarte desde el cual suelo ir á defender el tesoro de mis anhelos cercado muchas veces por el ataque de la vicisitud.

De ese hombre os hablaré hoy con el más ardiente de mis entusiasmos.

Y no esperéis que lo haga con el dejo erudito con que esta clase de intentos suele hacerse. No es un estudio que presume de maestro el que ahora vengo á daros como producto de mi esfuerzo. Que ahonden la entraña de la Ciencia esos mineros intelectuales que sienten la sed inextinguible de la in-

vestigación y que saquen el oro reluciente de sus efímeras verdades para admiración y enseñanza de las gentes. Que sumerjan el pensamiento en la irisada corriente de la sabiduría, aquellos que recibieron de la Naturaleza la facultad de bucear en el arcano las perlas de esas fórmulas que van sucediéndose en el imperio de las nuevas teorías. Yo me atengo á las exploraciones del sentimiento.

Extraer por mi propia cuenta de las cosas el jugo de esa filosofía que hombres perseverantes guardan luego, como esencias preciadas, en los eternos vasos de los libros, es el empeño de mi predilección. Seguir los giros del vuelo de las aves; contar en las noches estrelladas la brillante muchedumbre de las estrellas; sondear con la potencia del ensueño esa bella ilusión del firmamento; lanzar las ansias, que felizmente jamás han de colmarse, al rápido galope de la fantasía; he allí las graves ocupaciones que me atraen. De eso, y sólo de eso habré de daros, benévolo compañeros que no desdeñáis escuchar á un soñador que gusta de cabalgar los más peregrinos idealismos.

Porque pienso que conviene desplegar ante la juventud como emblemas de fortaleza, el recuerdo de los

actos valerosos y sinceros de los hombres. Sobre todo en este pasajero desconcerto, en que so color de empeño artístico, se pasea ante la mirada de las generaciones ávidas de orientación, el triunfo de los gestos más ó menos estéticos de algunos hábiles recitadores que no supieron nunca cristalizar en hechos las teorías de sus sonoras declamaciones de fonógrafo.

Pertenece Eliseo Reclus á una familia de sabios — no extinguida aún — que ha dado á la Ciencia y á la Humanidad tesoros inestimables que sobrepasan el valor de un siglo. Familia de pensadores, de filósofos y poetas que colmaron el arte de la frase de cargamentos de saber idealizado, y llevaron el atractivo genial de la poesía á los campos — áridos enantes — de la ciencia geográfica. Poetas eruditos que descubrieron, y vulgarizaron en pintoresco estilo, la misteriosa fraternidad del hombre con la tierra. Hombres que han vivido arando el pensamiento de otros hombres con el hierro inquebrantable de sus profundas convicciones y llegan á morir como han vivido, erguida la razón, pujante el brazo, sin apartarse un punto de la práctica de las ideas que han sustentado. Hombres dignos de todo el entusiasmo de los poetas y de todo el cariño de los pensadores.

Eliseo Reclus, autor de tantas bellas é interesantes obras que en más de una ocasión habrán dejado su aroma de entereza y de valor en vuestro entendimiento,¹ ofrece en su vida el caso de consecuencia más hermoso y más puro que conozco en la Historia.

Apóstol de gran corazón y de amplio espíritu, rendía culto ferviente á la libertad en el sentido absoluto, sin las mañosas y cómodas reservas que hay en la convicción de nuestros más arrogantes liberales. Revolucionario profundo, no ponía jamás limitaciones al impulso vivificador que depura las conciencias y transforma y rejuvenece

las instituciones infiltrando en ellas la savia de la Naturaleza que el roce de los años les robara. Rebelde, afanoso y pertinaz, escatimó siempre á las tendencias naturales el freno de las tiranías que construyen los hombres para deformar los sentimientos. Sus teorías sobre el amor no podían escapar á la influencia de su criterio general. Sujetar el sol á ciertos reglamentos para que fecunde la tierra al capricho del hombre, le pareció empresa igual á la de reglamentar las fuerzas del amor que fecunda las almas. ¿Cuándo y de dónde vino el poder que tan absurdo prodigio ha conseguido realizar? Sus malquerientes, los enemigos de toda comprensión supra vulgar, reían de sus palabras y miraban á sus hijas que crecían como flores cultivadas en terreno abierto, esperando que ellas harían contradecirse al viejo loco en sus doctrinas inauditas. Sí, el amor puro y libre, decían señalando con sorna los capullos del jardín del sabio!

Llegó una primavera con su tesoro de encantos y llenó de sugerencias amorosas el hogar de Reclus. Dos de sus más amados discípulos, caracteres moldeados en la austeridad y en el deber, le comunicaron una tarde que amaban á sus hijas y que creían llegado el momento de tomarlas por compañeras en la vida.

El día de la prueba había llegado.

El viejo revolucionario con la fe y el entusiasmo que no lo abandonaron nunca, reunió una noche en un banquete á todas las personas que compartían su afecto, y en un bello discurso que la admiración de la Humanidad repetirá en los siglos, anunció el matrimonio libre de sus hijas y les auguró la felicidad que nunca tuvo eclipse en aquellos nuevos hogares de amor y libertad¹.

Los enemigos derrotados en su cruel esperanza, esgrimieron entonces el arma acostumbrada: el insulto y la persecución.

Clamaron contra aquella inmoralidad

¹ El N.º 7 de *Ariel*, contiene muy bellas é interesantes selecciones de la obra de este insigne sabio. Quien desee obtenerlo, recurra á la Sociedad de Agencias Editoriales de Falcó & Zeledón, al precio de dos reales el ejemplar.

¹ A éste episodio se refiere el poema «Humanidad Nueva» que figura en otro lugar de esta revista.

dad los libertinos que siembran de hijos nocturnos el arroyo, y firmaron escritos pidiendo la proscripción de aquellos monstruos, las turbas de piadosas señoras que han vendido su cuerpo en los altares por el esplendor de una fortuna, para manchar luego el tálamo infeliz con el estigma de sus adulterios.

Porque hay seres rehacios á la libertad, que todavía confunden el verdadero, el puro amor, el amor fuerte y libre que no conoce el tedio porque no siente el grillete, ni experimenta la necesidad de las traiciones porque no reconoce otros lazos que los de su propia responsabilidad, con la caricia pasajera y versátil de las bestias. Tal afirmó cierta vez con inaudito cinismo ante una agrupación de señoritas, un político menguado de perverso renombre, nacido para cabalgar bajo las tempestades de la fuerza en los cómodos sillones ministeriales.

Hermanos, no os asustéis de mis

palabras. Bien comprendo que no es hora todavía de practicar estos ensueños. El nivel moral de nuestros hombres aún no alcanza la altura de perfección que tales prácticas reclaman. Pero no olvidéis que soy un soñador. Dejadme que me complazca en proclamar este ideal ante vuestras conciencias jóvenes y fuertes, y que lo anuncie como una hermosa realización del porvenir.

Por sabio, por batallador, por hombre probo, la Humanidad glorificará por siempre á Eliseo Reclus.

Yo, para tributarle el homenaje fervoroso que he querido rendirle ante vosotros, tomaré sólo el más modesto de sus títulos ante la versatilidad convencional que es hoy la norma de la vida: su sincera y valerosa consecuencia.

Contempladlo y amadlo desde ese grandioso pedestal de su memoria!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Los salvajes

Las recopilaciones científicas nos traen una noticia del más alto interés. Los hermanos Sarrazin, viajeros laboriosos y constantes en sus investigaciones, han descubierto en la isla de Celebes, donde hacían sus estudios, una tribu de «hombres de los bosques» que no conocían el uso del fuego. Viviendo en una parte de la isla donde no existen volcanes, los Ta-Ota no habían visto nunca en su vecindad inmediata ni llamas, ni ascuas, ni escorias ardientes y jamás había alumbrado el rayo sus húmedas selvas. Ya en otra tierra ecuatorial, en la Papuasía ó Nueva Guinea, el viajero ruso Mikloukho-Maklaï, había vivido entre indígenas que afirmaban que sólo conocían el fuego desde hacía pocas generaciones; pero esto parecía dudoso, y los etnólogos profesaban como tesis indiscutible que la edad de la *propyrie* ó anterior al fuego había terminado para todos los hombres desde tiempos inmemoriales. Se engañaban. En la

multitud de grupos sociales esparcidos por la superficie del planeta puede observarse toda la serie de civilizaciones, tales como se han desarrollado en la sucesión de las edades, desde la forma más rudimentaria y sencilla hasta la más infinitamente compleja. Y entre los más atrasados de esos hombres los hay de quienes puede uno preguntarse si forman todavía parte de la animalidad primitiva ó si ya hay que ver en ellos representantes de ese género humano que hemos calificado de «señor del universo».

Por el momento, casi no parece que los Ta-Ota de Celebes hayan de contarse entre «los reyes de la creación». Si su dominio de los elementos todavía no se ha elevado hasta el conocimiento y el uso del fuego, su potencia de coordinación intelectual no ha logrado clasificar los objetos hasta el número de tres y tampoco parece que su sentido del misterio y del más allá permite ver en ellos á los «animales

religiosos» de Quatrefages. Estos hombres de los bosques, agazapados en sus escondites y en la maleza, alimentados suficientemente por los frutos, las raíces, las gomas y los meollos que les da la selva, viven y mueren en paz, sin luchas intestinas y, hasta ahora, sin guerras con sus vecinos. Acaban de hacer conocimiento con las tribus limítrofes y es cosa de preguntarse si su encuentro con «hermanos en humanidad» contribuirá á hacerles felices.

A primera vista puede parecer sorprendente que esos aborígenes tan débilmente desarrollados en cultura hayan nacido en una comarca tan rica en producciones espontáneas, tan favorecida por las condiciones del clima y la fecundidad del suelo. El conjunto de la Insulinda puede considerarse como la región por excelencia de la fuerza y de la belleza creadora, y la isla de Celebes en particular es de todas las tierras índicas la que mejor responde, por la magnificencia y la hermosura de sus paisajes, por el esplendor de su vegetación y por la variedad de sus especies vegetales y animales, á la idea que el poeta se formó del paraíso terrenal; es aquel el lugar de elección tan perfectamente adaptado á todas las necesidades, y á todos los goces del hombre en que el bienestar y la felicidad no serían turbados si no fuese por el capricho del hombre mismo. La Insulinda es la parte de la tierra donde nacieron y viven todavía algunas de las especies más notables entre los monos antropoides; es la región donde se han encontrado recientemente los restos fósiles del ser intermedio en que los antropólogos ven al personaje de transmisión entre los pithecos y los hombres. Es la que fué cuna del antropopitheco; es allí, tal vez, donde la humanidad adquirió conciencia de sí misma.

Sin embargo, en la isla más bella de

esa región exuberante de vida creadora es donde los viajeros descubren al pueblo que entre todos los primitivos parece haberse quedado en el lugar más humilde dentro de los límites de la cultura. El hecho parece á primera vista inexplicable si no se tiene en cuenta que precisamente los favores del suelo alimentador son los que mantienen á los hombres de los bosques en su estado social originario. Tienen la comida y el abrigo, la dulzura del cielo y la generosidad de la tierra; por lo tanto, no les mueve la utilidad de ingeniar-se para buscar en otra parte ó allí mismo mejores condiciones de existencia; ninguna sollicitación de su destino les conduce á descubrir productos, procedimientos ó instrumentos nuevos; siglo tras siglo van viviendo satisfechos de su suerte; la vida les es dulce, ¿para qué habfan de cometer la locura de querer cambiar?

Empero la inmutabilidad de la vida social de los Ta-Ota no se explica únicamente por las facilidades de la vida material que proporciona la bondadosa naturaleza. Estos desgraciados fueron «nacionalistas» mucho más lógicos y perseverantes que los de Occidente, que se agitan desde París á Chicago y desde Londres á la Côte d'Azur. Los hombres de los bosques vivían como tímidas bestias, procurando no hacer ruido, para que no les descubriesen al pasar los cazadores, cuidando de ocultar el sitio en que dormían y de no dejar ningún rastro al hacer sus excursiones en busca de la comida. Hábiles para encontrar lugares retirados donde nadie pudiese perseguirlos, hufan del hombre temible que manejaba el venablo y el cuchillo. Así consiguieron subsistir y conservar su especie, mas, ciertamente, sin aprender nada; ellos no gozaron como los otros hombres, el fruto del árbol de vida.

Pero al menos ya entran, á su pe-



BIBLIOTECA DOMENECH. Acaban de llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.

sar, en la gran asamblea de los humanos. La guerra no les había podido batir, la ciencia les ha descubierto. Quieran ó no quieran, aprenderán á conocer el fuego, contarán con los dedos y dibujarán figuras en la arena de los ríos; verán casas, barcos, vapores; vendrán á ser compañeros de los hombres de la playa; del mar y de los continentes; se mezclarán con los descen-

dientes de mil otros pueblos y se perderán como raza distinta, no como individuos, en la gran multitud de los hombres entremezclados. En cuanto á los «nacionalistas» se les puede predecir igual destino. Por más que hagan, se desvanecen las fronteras entre las patrias.

ELISEO RECLUS

El progreso

Una de las más viejas páginas de Eliseo Reclus

Tanto como el hombre considerado aisladamente, la sociedad en conjunto puede ser comparada al agua que corre.

A cada hora, á cada instante, un cuerpo humano, simple milmillonésimo de la humanidad, se hunde y se disuelve, mientras en otro punto del globo un niño sale de la inmensidad de las cosas, abre los ojos á la luz y se convierte en sér pensante.

Como en la llanura, todos los granos de arena y todos los glóbulos de arcilla han sido rodados y depositados por el río, así, todo el polvo que recubre el planeta ha circulado con la sangre del corazón en las arterias de nuestros antepasados.

De edad en edad, las generaciones se suceden modificándose poco á poco: los bárbaros de cara bestial que disputan la preeminencia á las fieras son reemplazados por seres más inteligentes, á los cuales la experiencia y el estudio de la naturaleza enseñan el arte de criar los animales y de cultivar la tierra; después, de progreso en progreso, los hombres llegan á fundar ciudades, á transformar las materias primeras, á cambiar sus productos, á ponerse en relación de una parte del mundo á otra; se civilizan, esto es,

su tipo se ennoblece, su cráneo se hace más vasto, su pensamiento más extenso, y, abarcando un círculo cada vez mayor, los hechos se agrupan en su mente; cada generación que perece es seguida por otra diversa, que á su vez da impulso á nuevas multitudes. Los pueblos se mezclan con los pueblos como se unen los arroyos á los arroyos y los ríos á los ríos; y, tarde ó temprano, no formarán más que una nación, como todas las aguas de una misma cuenca acaban por confundirse en un solo río. No ha sonado la hora de que todas esas corrientes humanas se junten: razas y pueblos diversos, siempre apegados al terrón natal, no se han reconocido aún como hermanos; pero se acercan cada vez más; día á día se aman más y, en concierto, comienzan á mirar hacia un ideal común de justicia y de libertad. Los pueblos aprenderán ciertamente á asociarse en una federación libre: la Humanidad, hasta hoy dividida en corrientes distintas, no será ya sino un solo río, y, reunidos en un raudal único, descenderemos juntos hacia el gran mar donde se pierden y se renuevan todas las vidas.

(*Histoire d'un Ruisseau*, págs. 251-253. trad. E. J. R.)

PAN PARA TODOS

de excelente calidad, elabora la panadería
LA BARCELONESA
 situada en la 8ª Avenida Oeste. Invitamos á
 nuestros compañeros, á proteger esa empresa.

PÁGINAS LITERARIAS

Humanidad Nueva

El sol, en el ocaso.

Las praderas,
—como alfombras tendidas ante el paso
de la tarde—colmábanse de sombras
fugitivas, detrás de las postreras
luces de aquel crepúsculo; las aves,
buscando el tibio bienestar del nido,
cruzaban el espacio como naves
cansadas, que el oleaje ha combatido
y ondulando sus últimos vigores,
silenciosas, nostálgicas, las suaves
arenas de la playa buscan.

Ruido
de cosas que descansan iba el viento
regando entre las flores.
La humilde casa, de la dicha asiento,
albergue de purísimos amores,
que apenas medio oculta entre el follaje
era una nota alegre en el paisaje
de aquella languidez de los colores,
comenzaba á encender sus luminarias
como para una fiesta. Solitarias
las avenidas del jardín poco antes,
llenábanse de pasos por instantes,
de susurros, de besos y de abrazos,
Eran los invitados que llegaban
unidos todos por los mismos lazos
de un sentimiento universal, retazos
de ese escuadrón que en los futuros días
—rompiendo vallas y asaltando cumbres—
llevará á las remotas lejanías
del sueño de hoy, gloriosas certidumbres
y trocará en lozanas alegrías
el dolor de las foscas muchedumbres
que hoy gimen llenas de melancolías.
La sala era un jardín, flores, verdura
por todas partes, juventud, frescura,
manojos de ilusión, grupos de ensueño,
caras rientes y bellas,
todo cantando amor, en todo finas
huellas de blancas manos femeninas
como una hermosa floración de estrellas.
La mesa, abierta en ángulo, ofrecía
dos brazos avanzando: se diría
que el pensamiento nuevo allí encerrado
alargaba sus dos impulsos fuertes,
volviendo las espaldas al pasado,
para alcanzar el porvenir. Había

en el ambiente majestad serena.

A la señal de una hora dió comienzo
una cena frugal, la alegre cena
de un doble desposorio; allí suspenso
quedó el presente abrumador. La oscura
ráfaga de cansancio que aniquila
nuestro vigor en ratos de amargura,
la ráfaga del mal que nos vigila
para nublar la luz en la pupila
que intenta ver en el azul, deshecha
quedó un momento allí; fuertes y sanos,
los seres que llamarse siempre hermanos
prometieron, allí estaban triunfantes;
la charla burbujeaba entre las rosas
encendidas de todos los semblantes
y un ambiente de gloria
saturado de esencias misteriosas
—de esas que nos perfuman la memoria
de los ratos felices—recogía
las frases de esperanza y de victoria
de aquel gran festival de la armonía.
Cortando las miradas rutilantes
de amor, que se cruzaban los amantes,
se alzó con majestad una figura
risueña, atardecida, desde el vértice
de aquel ángulo vivo: venerable
rostro por cuyos ojos la dulzura
brotaba en manantial inagotable,
cabellera argentada, altiva y pura
la frente de incansable visionario,
figura de patriarca legendario
que eternizara algún cincel notable
en el toque genial de una escultura.
Miró á sus hijas y colgó á sus frentes
sendas coronas de ilusión; la brisa
extremeció las hojas que agitadas
hicieron resonar una sonrisa
de bienvenida al pensador; pendientes
de aquella aparición todos callaron
y Eliseo Reclus tendió los brazos
sobre el rosal de aquella alegre mesa
y habló:

«Sí, ya pasaron
los tiempos de martirio y de tristeza
para la pobre Humanidad. Quedaron
rotos en mil pedazos
los yugos de un deber tirano y fuerte,
bajo los cuales la razón uncida

iba arando la ruta de la vida
 bajo las inclemencias de la muerte.
 La pena está vencida,
 el error yace inerte;
 ya el látigo infamante no golpea
 las ancas de la bestia humana; en todo
 lo que ayer era noche, hoy centellea
 un prodigio de luz. Esa es la idea.
 La flor que brota del inmundo lodo
 y se entrega á la luz que la recrea,
 la bella mariposa que en el viento
 cabalga, al arrojar sus envolturas,
 simbolizan el nuevo pensamiento
 que surge del pasado soñoliento
 y se remonta audaz á las alturas.
 ¿Por qué si todo canta,
 por qué si todo sube,
 por qué si todo en derredor levanta
 su aspiración indómita á la nube,
 el amor que es la esencia de la vida
 ha de seguir como en las muertas horas
 que ya no volverán? ¿Por qué oprimida
 esa atracción de los humanos seres
 ha de seguir? Entre hombres y mujeres
 ya no deben mediar las opresoras
 cadenas de una esclavitud malsana.
 El amor es un sol que alumbrá y pasa
 á través de las nubes importunas
 que interponen la urdimbre de su gasa
 intentando apagar la luz. Abrasa
 cuanto en el campo universal se agita
 bajo la intrepidez de sus fulgores.
 Bendita fuerza del amor, bendita
 porque derrama flores
 en el camino que los hombres vamos
 trajinando, cansados unas veces
 cuando por nuestra culpa tropezamos
 con odios y dobleces,
 otras alegres, con vigores nuevos,
 sonriendo al sol y al horizonte!

¡Hermanos,

llegó el momento! Para unir las manos
 de dos seres que irán hacia el futuro,
 ¿por qué buscar y consagrar tiranos
 que den su aprobación? ¿No es santo y puro
 el pensamiento que al unir dos rosas
 nos ofrece un manojo de fragancias
 y nos hace admirar dos primorosas
 flores unidas por las mismas ansias
 de vida y juventud? Mezquino fuera

arrogarse el derecho inconcebible
 de unir la primavera
 con el verdor que es suyo, el apacible
 susurro de las hojas con la brisa,
 el cielo azul con el azul del cielo,
 la dulzura del rostro y la sonrisa,
 la grandeza y el mar. Corrido el velo
 del misterioso encanto de otros años,
 ya no quedan peldaños
 á la escalera de tan torpe anhelo.
 Libres sois, hijas mías,
 de elegir el amado compañero
 que vuestra aspiración colme; los días
 en su lento desfile, en el sendero
 del porvenir os hallarán dichosas;
 y las generaciones vigorosas
 que habréis de dar á la mundana empresa,
 ostentarán el sello de firmeza
 que imprime en las conciencias y en las cosas
 la convicción profunda de su esfuerzo,
 —esa fe, que trasporta las montañas,
 en su indomable voluntad.

Perverso

no será, no, quien vino
 plétórico de luz, de unas entrañas
 donde la libertad puso el divino
 talismán de la fuerza y la hermosura.
 Amad, multiplicad sobre la tierra
 no ya el triste rebaño
 doblegado por siempre á la amargura,
 esclavo del engaño
 y la superstición, sino la pura
 raza de árboles altos que en la sierra
 elevarán sus frentes á la altura.
 ¡De aquí saldrá la Humanidad futura!*

Por todas las ventanas
 del salón escaparon los acentos
 patriarcales, de aquel varón extraño.
 Las voces de los vientos
 repitieron sus frases, y á lejanas
 tierras llevaron, como un fresco baño
 de esperanzas, aquella buena nueva
 de redención que en los futuros días
 —rompiendo vallas y asaltando cumbres—
 ha de trocar en dulces alegrías
 el dolor de las foscas muchedumbres
 que hoy gimen llenas de melancolías.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación**
 suscribiros y buscadnos suscriptores.



Luisa Michel

Virgen justa, virgen roja, tierna y fuerte,
inspirada profetisa redentora,
implacable como el brazo de la muerte,
como el rayo de la guerra vengadora.

Angel bueno, virgen roja, dulce y fiera,
que luchaste por la paz de los hermanos,
elevando sobre todos tu bandera,
sin mancharte la blancura de tus manos.

Con la fuerza de tu ejemplo, siempre vivo,
tú moviste mi pasión y sentimiento,
y sembraste en mi tierra bien labrada,

con un gesto siempre noble y siempre altivo,
la semilla de tu libre pensamiento,
tan fecunda como el filo de tu espada.

J. Muñoz San Román

(Del Solar Sevillano. Garnier Hermanos. editores. París).

Hombres y máquinas

El motor de la fábrica de calzado respira con estrépito; la rueda mayor vacila un instante y echa á andar poniendo en movimiento once ruedas. Una conmoción prolongada va invadiendo el piso superior hasta llegar al techo en donde el zinc crepita ruidosamente, esparciendo tormentas al aire.

En el piso bajo arde una escena violenta: uno de los operarios, recién entrado á la fábrica, llega aquella mañana con algún retraso; sus movimientos son tardos y trabaja con torpeza; probablemente la dolencia de la anciana madre sea la causa de aquella interrupción. Él, siempre diestro, tan puntual siempre, siente ahora como si llevara agobiantes amarras en los brazos; ya se ve, ha debido pasar tantas noches al pie de la cama de la enferma, al atisbo del asma pertinaz—aquel horrible puñal—, y para mayor desventura ser solos ellos dos, solos en el mundo! El contraamaestre de la fábrica ha venido á encararse con el operario, enrostrándole insolente su poca actividad,

llamándole holgazán, amenazándole con despedirle.

Los compañeros miran aquella escena como algo muy natural; y es claro, han soportado tantas veces las explosiones de ira de aquel déspota asalariado!

Cuando el contraamaestre deja de vomitar injurias, el operario levanta el brazo enjugando en la manga de la camisa el río de sudor que discurre por el cuello, hinca altiva la mirada en la del tirano á sueldo y sonríe despreciativamente: «Has creído, apunta indignado, que soy una máquina de las que gobiernas á capricho? O fué que nunca supiste, impostor, que entre un hombre consciente y tus obedientes máquinas la distancia es inmensa?»

Y rojo de vergüenza abandonó la fábrica.

Ahora, á quedar sin trabajo unos cuantos meses, á recorrer talleres hasta encontrar uno en donde no se equivoque á hombre y máquinas.

RUBÉN COTO

Sol para todos

Todas las mañanas me salen al paso. Aun cuando sea muy temprano, ya están ellos correteando por la calle. Antes lo hacían por la acera donde queda su casa y la mía; ahora lo hacen por la del frente.

Los pobres andan tras el calorcito del sol.

Una mañana les pregunté por qué habían cambiado de campo.

—Allí hace frío, contestaron.

—Quiere decirme, dijo el pequeño, metiendo sus manecillas en las bolsas del sucio pantaloncito, ¿por qué antes hacía sol en la acera de mi casa y ahora no? *Se ha venido á esta otra, ¿verdad, Lola.*

—Sí, sí, exclamó la harapienta con su balbuceo de pajarillo; y ahora mi hermanito, mírelo usted, no tiene sol.

Antes sí y no tenía frío en las mañanas.

En efecto, en el umbral de la pequeña puerta estaba arrodajado el niño que aun no anda, con su carita pálida tan parecida á la de aquellos dos arrapiezos. Quieto, con una quietud increíble en un niño, miraba á sus hermanitos.

¡Pobres chiquillos! Nadie se cuida de ellos. Algunas veces los encuentro revolcándose en el polvo; otras, chapoteando en el agua del *caño*, si no es que llevan su barbaridad á hacer gárgaras con ella.

Cuando los sorprendo en esta horrible tarea, les grito, y ellos asustados, huyen. Ya de largo me sacan la puntilla de su lengua maliciosa y me hacen burla.

Siento una gran ternura al recordar las dos sucias figurillas.

Él, con su aire de hombre que se da, echándose atrás la pequeña gorra y metiendo las manos en las bolsas del pantaloncillo. Claudica el pequeño, pero como toda su personita está llena de malicia, el movimiento que el defecto le imprime al caminar no despierta lástima. Se pregunta uno, ¿lo hará de intento?

La cara de la chiquilla es muy parecida á la de su hermano. Grande, pálida, con palidez de anemia, los ojos pequeños, hundidos, brillando como cuentas negras, y el cabello enmarañado cayendo alrededor del rostro. Tiene el vientrecillo hinchado; así el sucio y oscuro vestido que es el único que le conozco, le queda más corto adelante.

Esta mañana salió la madre á llamarlos.

—¡Malditos muchachos, me tienen aburrida. Ya me la pagarán demonios, ya. Quita, maldito perro,—con-

tinuó, mientras daba un puntapié á un pobre perrillo flaco y triste,—*me tenés aburrida!*

Los chicos y el perro se amontonaron á la entrada, confundidos en las mismas imprecaciones. El padre venía por la acera tambaleándose. Su cara gruesa, de facciones duras, estaba contraída por una sonrisa estúpida. Al pasar cerca de mí sentí el tufo del alcohol.

Yo vi temblar las dos pequeñas figuras. Sus ojitos miraron angustiados al hombre y luego á la madre.

Me alejé llena de pena.

Ya lejos volví la cabeza.

Habían vuelto á la acera soleada. Era un triste grupo: los dos niños, recostados á la pared, quietos; y á sus pies la pobre y flaca figura de su perrillo.

El sol dejaba caer sobre ellos su oro, con tanta alegría como lo había visto derramarse sobre un ramo de rosas que amaneció abierto en mi jardín.

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

Nuestra piedad

Sufre entre nosotros la piedad los mismos rarísimos trastrueques que el clima y la altitud de nuestros países hace sufrir á todas nuestras cosas.

En torno de todas las catástrofes ruidosas, la curiosidad malsana toma el puesto que al humano consuelo corresponde, y hay que verla simular gesto misericordioso y actitud doliente, y pasar entre el silencio de muchas reverencias, convertida en piedad. No importa la suma de responsabilidad que en el desastre la incumba. No hay que contar con los mil modos que tuvo de evitar el siniestro.

Ella es la plañidera que para lamentar las diarias desdichas, alquila el bienestar social que no sabe interrumpir sus regodeos.

¡Y cosa singular! Cuando los acontecimientos se desenlazan antes de la sazón marcada por el convenio general, el estallido es un desastre, pudiendo haber sido en otro caso una victoria tan sangrienta como él.

Un mismo hecho puede ser para la piedad costarricense, motivo de congoja ó de orgullo, según que ocurra en este ó en el otro minuto.

Luego de haber estallado el polvorín oficial¹ matando á tres soldados y deshaciendo el hogar de dos familias, la mentida piedad vertió su

¹ La explosión del polvorín denominado *La Pólvora*, ocurrida en la mañana del 11 de agosto, producida por negligencia, según se deduce de la teoría expuesta por el militar Zúñiga Montúfar, y que pudo muy bien haber destruido la ciudad de San José, según declaración del militar Romain, Comandante de Plaza y jefe de la policía.

llanto inútil ante el espectáculo de lo irremediable.

Se conceptúa una enorme desgracia, no prevista por nadie, el estallido de la pólvora.

La cual cumplió con religiosidad su cometido, aun cuando el número de muertos fuera mil veces menor del que estaba destinada á producir.

Digan si no los entendimientos no atrofiados. ¿Para que se fabrican y se almacenan esos guerreros explosivos? Para matar á los hombres. Y lo que es peor, á hombres inocentes, si es que puede haberlos en el bandalaje colectivo que ha engendrado la guerra.

La dinamita del polvorín nacional, llenó su objeto. ¿De qué se admira, pues, y de qué se duele—sobre todo en épocas de marcialidad general—la hipócrita conmiseración de nuestras gentes?

En dónde están las madres que educan á sus hijos en el amor humano, infundiéndoles el odio á la matanza?

Que salgan y que lloren. Son ellas las únicas que tienen derecho á mojar con sus lágrimas los despojos de una catástrofe que arrancó la vida á unos soldados y que pudo haber destruido la capital de Costa Rica.

LA REDACCIÓN

La bandera roja no se rinde

Por fin comienza á romperse el silencio. La prensa americana cerró los labios durante semanas enteras, tratando de ocultar la verdadera situación que prevalece en México. Tal parecía que la tranquilidad reinaba en aquel país, que la Revolución había sido un fiasco, que Madero era el dueño de la situación y que el pueblo había quedado conforme con la ilusoria conquista del «sufragio efectivo».

La Dictadura Madero de la Barra se derrumba. Dentro de algunas semanas, ese monstruoso despotismo habrá pasado á la historia, y si Porfirio Díaz logró salir con vida del territorio mexicano, tal vez no tengan la misma suerte sus dos sucesores.

El Partido Liberal Mexicano gana terreno, según propia confesión de la prensa americana. Guerrillas activísimas sostenedoras de la Bandera Roja, operan en los Estados de Durango, Coahuila, Chihuahua, Sonora, Veracruz, Oaxaca, Yucatán, Tamaulipas y en el Territorio de la Baja California, según las últimas noticias de la prensa burguesa.

Perseguidos los miembros de la Junta en Los Angeles, faltos de parque y de buenas armas nuestros heroicos compañeros, «Regeneración», agonizando por falta de dinero, parecía que

todo había concluído. Los cobardes se escondieron y nos traicionaron, los calumniadores nos envolvieron en una atmósfera de antipatía y de odio mortal, y así, perseguidos nosotros aquí, perseguidos nuestros hermanos de México, luchando contra los gobiernos y contra la miseria, los firmes no hemos desmayado, no nos hemos desalentado, no hemos retrocedido ante los peligros, y, constantes y enérgicos hemos sostenido bien alto nuestra querida bandera, la gloriosa Bandera Roja de los desheredados, de los plebeyos, de los hambrientos.

La crisis fué terrible; pero nuestro ánimo es siempre el mismo. Sabemos que estamos destinados á guardar un puñal en nuestras carnes ó á morir de tisis en cualquier presidio. Aceptamos con gusto nuestro destino satisfechos de haber hecho algo en favor de los esclavos.

No luchamos por los ricos, sino por los pobres, y, naturalmente los ricos han declarado guerra á muerte al Partido Liberal Mexicano; pero toda precaución es inútil. Al ordenar Madero á las autoridades de Washington que se nos arrestase, no hizo otra cosa que ahondar un poco más el sepulcro donde quedarán sepultadas sus ambiciones.

Compañeros trabajadores: no hay que desmayar. Cualquiera que sea la suerte que nos toque á los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, vosotros debéis continuar luchando. No hay que pensar en jefaturas. Los ideales purísimos que sostenemos están reñidos con imposiciones de toda clase. No nos consideréis como jefes, sino como hermanos. Que cada uno de vosotros sea el jefe de sí mismo, es lo que ardientemente deseamos. Los libertarios no estamos acostumbrados á tener «leaders».

Conque, á luchar, compañeros. De cualquier manera podéis prestar vuestros servicios á la causa de los trabajadores, ya tomando un fusil para lanzaros á la lucha armada, ó bien enviando vuestro óbolo á esta oficina ó propagando por todas partes las tendencias verdaderamente emancipadoras del Partido Liberal Mexicano.

No hay que desmayar. El triunfo tiene que ser para los pobres.

RICARDO FLORES MAGÓN

Miembro del Partido Liberal Mexicano

A modo de crónica

El Apóstol.—*L'Apôtre* es el título de una nueva tragedia moderna de Paul Hyacinthe Loyson, todavía no representada en público. En esta pieza, como en la anterior *Les Ames Ennemies*, hace el autor un cuadro sorprendente de ciertos conflictos de la conciencia moderna. *Almas Enemigas* fué dedicada «A los que creen apasionadamente. A los que niegan enérgicamente. A los que buscan lealmente». *El Apóstol* está dedicado «A los que caminan en las tinieblas con la luz interior. A los que siguen al Dios no conocido. A los libres esclavos del deber». Hijo de apóstol y apóstol él mismo, P. H. Loyson es uno de los autores que con mayor «intransigencia de ideal» y mayor maestría cautivan hoy la admiración de todos los librepensadores. Oigamos algo de la declaración hecha en privado á Raúl Aubry, acerca de *El Apóstol*:

«Las condiciones y las facilidades de la vida moderna despiertan por todas partes los apetitos, sin que valga ya el freno de los prejuicios ó de las creencias. La República en Francia ha construido mucho... hasta la torre Eiffel, por descolgar las últimas estrellas; pero ha descuidado la piedra fundamental del edificio: la enseñanza viva de la ley moral. Necesitamos una fe dispuesta al sacrificio, una convicción largamente transmitida y profunda-

mente asimilada por las conciencias, de una generación á otra. Ahora bien, ¿una fe activa, que ordene y mande, es acaso posible hoy fuera de las tradiciones religiosas? Yo lo creo, yo lo quiero... Toda convicción, todo entusiasmo, toda abnegación, es una religión».

En Costa Rica hay también *libres esclavos del deber*. Son poquísimos, lo sabemos; pero á ellos solamente nos dirigimos. Que lean esta pieza preciosa y se sentirán más fuertes y mejores!

La enseñanza de *El Apóstol* puede ser resumida, pensamos nosotros, en esta exclamación: ¡Malditos sean los oportunistas y cien veces malditos si dicen ser nuestros correligionarios! Los *principios* que uno acepta como buenos en las horas de meditación abstracta, deben ser acatados fielmente, sea cualquiera la situación política ú otra en que uno se encuentre y sean cuales fueren las circunstancias. ¡Obedecer al propio ideal, aun á costa de las que parezcan conveniencias del partido mismo en que se milita! No otra fué la regla de conducta de Eliseo Reclus, que hoy celebramos.

Tuberculosis.—Sacamos estas conclusiones de un trabajo reciente de L. Landouzy, Decano de la Facultad de Medicina de París.

La Medicina antigua consideraba la herencia como una fatalidad de la ti-

sis. La doctrina moderna es consoladora. La heredo-tuberculosis y las predisposiciones á la tuberculosis están inscritas entre los males evitables.

La heredo-tuberculosis se manifiesta de dos maneras: 1ª *Herencia de la semilla* ó sea la trasmisión del bacilo al feto; 2ª *Herencia del terreno* ó sea la herencia distrofiante.

La herencia de la semilla es rarísima. La mayor parte de los casos observados son de penetración por vía placentaria, sea durante la vida intrauterina, sea en el momento del alumbramiento.

La herencia del terreno se observa, en cambio, con frecuencia alarmante. Las distrofias de origen tuberculoso son incontables: monstruosidades, infantilismo, enclenquismo, malformaciones de las vísceras (corazón, pulmones, riñones, hígado, etc.), lesiones nerviosas, óseas, etc.

Fuera de la herencia tuberculosa propiamente dicha, hay otras predisposiciones que no deben ser desatendidas: unas de éstas son nativas (tipo rubio-veneciano, por ejemplo) y otras son adquiridas. Entre las predisposiciones adquiridas, las más evidentes son las observadas en los individuos que han sufrido de viruelas¹ ó que han sido sometidos á ciertas operaciones quirúrgicas.

Los maestros.—La *Frankische Tagespost*, socialista, ataca al Magisterio de Baviera, afirmando que sus «luchas» son puramente *papeleras*. «Los maestros constituyen la más rara y extraordinaria de las especies zoológicas, pues son la única que, en largos períodos de lucha, nada consigue ni aprende nada de sus adversarios; principalmente los maestros de Baviera».

Nuestra falta de apetito.—Las nuevas experiencias de Raúl Bayeux en el observatorio del Monte Blanco son particularmente interesantes para los que vivimos en montaña. Bayeux

ha notado que la actividad del jugo gástrico decrece considerablemente en los lugares elevados, quizá á consecuencia de la relativa privación de oxígeno. Este hecho explica la pérdida de apetito que sufren los aeronautas y ascencionistas y la avidez que en dichos lugares se manifiesta hacia los alimentos susceptibles de excitar el apetito ó de suplir la secreción gástrica, tales como el vinagre, el jugo de limón y las especias.

El valle de lágrimas.—La ciencia nos afirmó que la tierra era plana; luego, que era redonda; después, que elipsooidal; y ahora resulta que nuestro planeta no es ni plano, ni redondo ni elipsooidal, sino tetraédrico. Ello es muy curioso y muy posible y muy indiferente también. Para el que va á pie es plana; para el marino, redonda; para el astrónomo, elipsooidal; para el geómetra, tetraédrica; para el desgraciado, sigue siendo «un valle de lágrimas».

(Augusto Paria, *Les Temps Nouveaux*, junio de 1911.)

Todo ó nada.—Actualmente vivimos bajo un régimen democrático, si sólo se toma en cuenta el sistema representativo y el régimen electoral; pero la lucha económica de clases no ha llegado todavía á la emancipación económica de las masas. Si una transformación no se opera á breve plazo en el sentido de una mayor igualdad general, no lo dudemos, hasta las formas políticas cesarán de ser engañosas y una represión social se efectuará por el restablecimiento de un derecho público más ó menos aristocrático y despótico. Cuando en la estructura de una sociedad se produce una variación ventajosa—tal como la igualdad política—que no va acompañada ó seguida bastante rápidamente de una transformación correspondiente del resto de esa estructura, la innovación parcial acaba por perderse para conformarse al orden simétrico general.

(Guillermo de Greef, *Le Transformisme Social*, pág. 316, lib. F. Alcan).

¹ Hay autores que acusan hasta la misma *vacuna* contra las viruelas como predisponente á la tuberculosis.